

Cumpleaños feliz

Rafael Ramírez Heredia

La infinita pesadumbre de la vanidad y el terror a la vejez son los temas que aborda Rafael Ramírez Heredia (1942-2006) en este cuento inédito pleno de ironía.

Si bien, igual a siempre, a cada amanecer desde hace años o meses, ya no importa el cuándo, el repique había entrado desde la madrugada al abrir los ojos como si alguien la hubiera despertado bruscamente, Adriana Mateos Huerta, mejor decirle Campanita para no confundirnos, adoptó el día no desde ese despertón madrugoso, sino cuando sus cuatro hijos, formados por edades, portando velitas en las manos y cantando

cumpleaños feliz, cumpleaños feliz,

entraron guiados por la discreta ordenanza de su abuela quien con los ojos turbios de emoción, dijo que ésa era la mejor escena de cualquier obra que se hubiera puesto en la vida del mejor de los artistas,

como ella, como Campanita, el Hada de los Niños, no sólo de esos cuatro que amorosos cantan,

te deseamos mamita, cumpleaños feliz,

sino de todos los niños de esta comarca y otras vecinas, los querubines que siguen con adoración a la estrella, entusiasmados entonan los mismos cantos que le han dado fama a la adoración de los peques, colman los lugares durante sus conciertos, la acosan para los autógrafos, esos fans que desconocen que hoy es el cumpleaños de la artista, festejado únicamente por la mamá mánager, la servidumbre y por supuesto los cuatro hijos: Mario de dieciséis años que metido aún en su pijama de leoncito, y tomando su papel de líder por ser el mayor, se acerca a mami y la abraza como lo harán después Marianita, Jacqueline, y el diablillo de Christopher, el no esperado pero igual de amado sin importar que sea hijo del perverso Aníbal que casi acaba con la carrera de Campanita, pero de eso nadie debe acordarse, de los pleitos en los juzgados, de las reclamaciones por los contratos,

del poder que tenía el perverso Aníbal sobre las actuaciones de la estrella, ah, eso que fue tan pesaroso y por fortuna ha quedado atrás, para ahora, gracias al altísimo, tener sólo al núcleo familiar, con doña Soledad al frente, como encargada de la administración de Campanita,

el Hada de los pequeñuelos, la más cercana amiga de todos los niños de México que hoy, sin boletín de prensa y en la más absoluta discreción,

la más absoluta, ¿entendieron niños, lo entendieron?, nada de dejarse engañar por los preguntones, ni siquiera conversarlo en la escuela, en la más absoluta discreción familiar, Campanita, nuestra Hada, cumple un año más de vida,

y mientras abraza a su mamá, doña Soledad sonríe y le repite may suit jart, Campanita se mira al espejo donde sobresalen las bolsas abajo de los ojos y sabe que hoy, como hace un año, como hace dos días, como hace toda la existencia, deberá duplicar el maquillaje, apretar las dietas para que el cuerpo siga siendo el de una joven-cita, la misma que aman los niños, que siguen en sus brincos, sus jugueteos, su voz atiplada, de niña igual que ellos, y entonces doña Soledad anuncia que los nietos deben abandonar la habitación, que más tarde le darán a mami su regalo porque es hora que ella regrese al descanso si tiene un show por la tarde y otro más en el centro de convenciones,

y Adriana Mateos siente las punzadas del hambre y piensa en las verduras y las ensaladas repetidas hasta el infinito, y las pastillas reductoras, y los masajes y la vigilancia del peso, y las arrugas que se reproducen como ofidios que luchan contra el bisturí de los ajustes en el rostro para no perder ese gesto tan admirado, ese tama-



Gervasio Gallardo, *Lovers Living, Lovers Dead*, 1976

ño de ojos como si miraran al Santo Señor, y las manos que por más cirugías no pueden ocultar los años, los malditos años que se cumplen pese a las negativas, las entrevistas donde los administradores, mánagers y creadores de imágenes soslayan la pregunta sobre el número y si a la Félix o a la Pinal no les hacen esos cuestionamientos por qué sí son capaces de hacerlos a Campanita, el Hada de los Niños que ha colocado en el gusto de la chiquillería las canciones dedicadas a los ositos, a las niñas buenas, a los conejitos del campo, a Pin Pon que es un muñeco muy grande y de cartón,

y se mira de nuevo al espejo mientras roe una zana-horia, se cubre de nuevo los ojos sabiendo que debe de meterse al relax si al levantarse,

cumpleaños que la llena de nervios, que le recuerda el paso y el peso, y sus hijos cantando y su madre tan ligerita cuando es ella la que exige, la que cobra, la dura, la que ahuyenta los amores,

si al levantarse quizás una hora más tarde se dará todo el sinfín de misterios, de cremas, de masajes, de cubrir cada surco de las arrugas, cada remanso de las dudas, y

meterse en esos atuendos de niña para que la risa, la sonrisa que tanto le alaban, la que idolatran sus querubines, sea tan amplia como su flojera, con las ganas que tiene de levantarse y después de un buen baño salir con Alexis y Clotilde con el Chacho y Melitón y meterse a beber a Los Espejos, pedir tequila, cerveza y carne asada, guacamole y taquitos de tripas, beber, bailar, coquetear con los desconocidos y quizás ir más allá de la sonrisa, hasta que los mariachis toquen la Barca de Guaymas que fue donde conoció a Santiago el Pastor, como ella le inventó el nombre, ah Santiago, de bigote cuadrado, de modales cheros, de olor entre caballeriza y loción fuerte, ah Santiago hasta que doña Soledad le dijo que debía definir entre ese pelafustán o el futuro donde estaba involucrada tanta gente, no sólo ellas dos sino dentro del show bisnes y que la idea de llegarle a los niños era novedosa, que Chabelo o Pimpinela, y también Cepillín la habían usado pero en programas para mantener frente al televisor a los chiquitines, o los llamados concursos donde igual participan los papás, pero nada de eso en vivo, frente a frente, con los olores del escenario, con la música interpretada por ejecutantes reales, con coros y bailarinas, y allá, en el graderío, los millones y millones de niños y niñas que viven en este país, en este nuestro amado México que por fortuna rechaza el uso del condón como una maldita forma más de acabar con la vida del ser humano, hija mía,

le había dicho doña Soledad al entrar a Torreón, Coahuila, donde por la tarde noche darían el primero de los shows de la temporada,

una tentación del malevo, por eso la bendición papal que lo estigmatiza, el apoyo de los fieles que desde la tierra rechazaron el maldito condón al despedir a su santidad con el brillo de los espejos guiando al avión que lo llevaría de regreso, y el Hada, alzó las tan admiradas cejas, primero no entendió lo de los espejos y el condón hasta que la mirada de su madre le descubrió que lo de Santiago era visible o la mamá tenía ojos de gavi-lán y por eso nada dijo sino hasta después del show el Hada se acercó a la señora y sólo le dijo:

no te preocupes si nos vamos a casar, mami.

Y masca el olor de su saliva, no le importa lo acre que sea si está tumbada sólo con sus años y la vigilancia de afuera de la habitación, con doña Soledad callando de continuo a las voces de los nietos para no despertar a mami, metiendo en cintura todo lo que altere al Hada, a p retando los años de Mario sin conmovirse por el llanto y rabia del muchacho que ya no quiere seguir vistiendo como un niño, sin sonrojarse, aceptar la sorpresa de los reporteros al saber de sus doce años,

uh pos estás muy crecidity mi chavo, ya has de tener tus misterios —dicen los fotógrafos

y Mario se apena, se sonroja y quiere decirles que eso es invento de su abuela quien a solas le habla y le

dice de la necesidad de mantener una imagen pero no le cuenta más acerca de su padre, el tal Santiago, Santiago el Apóstol, como le llama su madre, que de sólo oír su nombre, doña Soledad se persigna y dice de los miles de peligros que Campanita, el Hada, ha sorteado gracias a la bondad del señor,

y Adriana que no quiere volver a meterse al sueño que no tuvo desde el despertón en la madrugada y se toca el abdomen y siente los dedos hundirse en las aguas-deces, en el ombligo hondo, y prende la lámpara de la mesilla de noche y no quiere revisarse nada, quiere sentir que su cuarto tiene por lo menos el eco de su respiración y ve el reloj y sabe lo que su mamá estará haciendo en los otros sitios del muy amplio departamento del piso 20, con sistema de alarmas, de videos, de guardias en la entrada y rondines en las afueras,

son para que los fans no te agobien,

pero el Hada sabe que es mentira, que es una forma de mantenerla aislada y de no permitir que nadie penetre a ese útero construido en las lomas de las afueras del Distrito Federal,

el México que nos merecemos, dijo su madre cuando el vendedor abrió los brazos mostrando el espacio como si mostrara las puertas del paraíso,

ganado a ley, mijita linda, sólo los mediocres se quedan, de ferst is ferst, de second no body, chapurrea, citas que nadie sabe de dónde salieron, y por fortuna

no le echa en cara lo de Santiago, ni lo de Fabricio el baterista, ni lo del vendedor de autos, ni lo de Rosendo el político, menos lo del perverso Aníbal, ese canalla que puso al borde de la destrucción a la misma imagen de Campanita, por más que sea el padre de Christopher, ni lo de aquél o de éste, que al fin sus hijos son suyos y no de los que ayudaron con el pegamento, y al decirlo sabe que está repitiendo las palabras de doña Soledad que le dice pegamento al semen y bastardo a todo aquel que haya querido enamorarla, cercarla, sacarla de la línea que debe ser hasta que aguante el tirón que no será eterno pero sí lo más largo que se pueda, may jart,

dice, repite, y ella, Campanita siente que no puede con un año más, con otro cumpleaños, que en cada ocasión lo grueso del maquillaje tapaná su alma y los chorritos de luz que apenas vislumbra a través del cortinaje, y que ella sólo existe adentro de ésa, de esta habitación donde el silencio lucha contra los ruidos de los otros sitios del departamento en las alturas de una parte lejos de la ciudad, lejos de la otra realidad que no cumple años, con unos hijos y una madre cantando sin ser oídos hasta que Campanita corra las cortinas de su habitación, vea las brumas de la ciudad y se disponga para iniciar los rituales que le transformen en una Hada aceptando que ya es hora de salir al escenario. U



Gervasio Gallardo, Paris Exhibition



Gervasio Gallardo, Barcelona Exhibition